

ALBERTO FUGUET
MALA ONDA

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición en esta colección: septiembre 2026

© Alberto Fuguet, 1990

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Imagen de portada: María Jesús Contreras

Reservados todos los derechos de esta edición para
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6368-93-9
RPI: 97.278
Impresión y encuadernación: CyC Impresores Ltda.
Impreso en Chile

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Sometimes I think I'm blind
or I may be just paralyzed
because the plot thickens every day
and the pieces of my puzzle keep crumblin' away
but I know, there's a picture beneath.
Indecision clouds my vision
no one listens...
Because I'm somewhere in between
my love and my agony
you see, I'm somewhere in between.
My life is fallin' to pieces
somebody put me together...

«Falling To Pieces», MIKE PATTON (FAITH NO MORE)

I'll miss the sea, but a person needs new experiences.
They jar something deep inside, allowing him to grow.
Without change something sleeps inside us, and
seldom awakens. The sleeper must awaken.

Duke Leto Atreides en *Dune*, de DAVID LYNCH

Miércoles 3 de septiembre de 1980

Estoy en la arena, tumbado, raja, pegoteado por la humedad, sin fuerzas siquiera para arrojarme al mar y flotar un rato hasta desaparecer. Estoy aburrido, lateado: hasta pensar me agota. Desde hace una hora mi única distracción ha sido sentir cómo los rayos del sol me taladran los párpados, agujas de vudú que alguna ex me introduce desde Haití o Jamaica, de puro puta que es.

Pienso: no debí dejar los anteojos de sol en el hotel. Seguro me los va a robar alguno de los imbéciles de mi curso; después van a achacárselo a una de esas camareras negras que los muy huevones intentaron tirarse.

Vuelvo a lo mismo: debí haberlos traído. No se puede venir a la playa sin protección. No se puede andar sin gafas. Si estaban al alcance de mi mano, en el velador, tan cerca. Incluso los estuve mirando un rato. Me los van a robar, de puro huevón, de puro volado que soy.

Me dedico a pensar un poco, archivar el problema de los Ray-Ban, pasar a otro tema. Reflexiono: es probable que nunca más haga tanto calor como hoy. Un grado más y todo estalla, declaran estado de emergencia, evacuan toda la ciudad. Pero a nadie le importa. Lo que para ellos es rutina, para mí es novedad. Y eso me apesta, me hace sentir un intruso, lo peor.

Deben ser como las cuatro o las tres.

Da lo mismo.

Igual es tarde.

Llegué al hotel cerca del mediodía, cuando no quedaba nadie de mi curso, ni siquiera los más atinados. Los del B, menos. Esos se levantan todos los días al alba para trotar, jugar vóleibol en la arena o ver el sol aparecer en el mar. Después van a recorrer las tiendas de RioSul y compran esas poleras para turistas gringos que dan vergüenza ajena.

Tengo sueño, creo que me voy.

Recuerdo: cuando logré abrir los ojos y me di cuenta de que estaba en el hotel, no en otro sitio, como creía, pensé un poco, traté de ordenarme, planear, por último, justificar el día.

No había muchas opciones: entre quedarme botado allí, sin aire acondicionado —los del B lo echaron a perder—, o aprovechar el último día de playa para agarrar aún más sol, no había donde perderse.

Me levanté en la más tranquila y me vine caminando hasta aquí frente al número 9 de Ipanema, donde todos los que realmente son alguien se apilan.

Mientras caminaba me puse a divagar.

Pensé en Chile y en mi vida, que es como lo que más me interesa.

Cuando algo parecido a una depresión comenzó a rondarme, cambié de tema y me concentré en las vitrinas; caché, por ejemplo, que las poleras O'Brien se venden en todas partes.

Me sentí más seguro.

Después de andar varias cuadras así en la más lenta, sin alterarme porque estaba sudando y todo eso, llegué a una plaza que marca el inicio de Ipanema, que es como el barrio bohemio de Río y está lleno de librerías y boutiques y bares muy chicos y caros.

A la Cassia le gusta Ipanema y esa plaza donde los hippies venden artesanía, recuerdos, pinzas para joints, aros, las mismas cosas que venden los artesanos a la entrada de la Quinta Vergara en Viña, excepto, claro, las típicas chombas chilotas o esos espantosos pósters de la Violeta Parra. Aquí he conocido cierta gente, amigos de la Cassia, onda universitaria, humanista, izquierdosa, que se

junta a tomar cachaza con jugo de maracuyá y a escuchar unos casetes de la Mercedes Sosa o la Joan Báez, que es como peor. La Cassia les dijo que yo era chileno y los tipos dieron un salto, animándose: y que Pinochet y la dictadura, y que compañero-hermano, yo conocí a unos chilenos de Conce, exiliados, y luego uno o dos poemas de Neruda en portugués, que Figueiredo, o estos milicos hijos de puta que jodieron a todo el continente...

Yo callado, jugándome al tipo buena onda, claro, de acuerdo, *tudo bem, legal*.

Me apesta este tipo de conversaciones.

Los tipos parecían californianos, pero pensaban como rusos, y eso era sospechoso. Uno de ellos, polera Che Guevara (yo, saco de huevas, pregunté quién era), nos invitó a todos a Niteroi a escuchar a un panameño sedicioso que tocaba canciones de Silvio Rodríguez. La empleada de mi casa, que está por el NO en el plebiscito, escucha «Ojalá» y otras canciones en castellano; intuí, por lo tanto, lo que me podía esperar. A la Cassia, eso sí, le parecía atractivo. Se rumoreaba que tal vez iría Chico Buarque; se suponía que era un recital clandestino, contra Figueiredo, contra Stroessner y Videla, contra Pinochet, hermano. El que lo dijo levantó el puño izquierdo. Yo le dije a la Cassia que ni en broma, que para ver comunistas prefería el Kafée Ulm en Santiago. No, no era mi onda, no tenía nada contra ese tipo de gente, pero qué pasaba si llegaba la policía y me deportaban, media ni que cagada que se desataría en Chile, me echarían de la casa y *bye bye, my life, goodbye*. Ella me encontró razón y terminamos juntos en la arena, mirando las luces, atracando de lo lindo. Después la llevé al hotel, pero nos cachó mi profesora jefe y la muy maraca no la dejó entrar. La Cassia me dijo que no importaba, que igual era tarde, que debía irse. Yo me ofrecí a ir a dejarla. Ella dijo *obrigada*, puedo irme sola, y desapareció.

Después de verla subir al bus me refugié en una de las tantas pizzerías que hay junto a la playa, en plena avenida Atlántica. Pedí una pizza tropical y cerveza. Allí me entretuve viendo pasar

a los turistas. Poco después, un negro con sombrero de paja y dientes de sobra se mandó un feroz volón con sus tumbadoras ambulantes.

Ahora que lo pienso, ahora que estoy en la arena, solo, esperándola, compruebo que esa noche fue la primera vez que fui a un restorán solo. Nunca tan terrible, claro, pero igual raro.

Después me fui al hotel, a mi pieza, repleta de huevones durmiendo, roncando, más hediondos que la cresta. Cox se despertó y me empezó a contar de una boîte donde había unas mulatas increíbles, pero costaban no sé cuántos miles de cruceiros, y a treinta y nueve pesos el dólar, eso es mucha plata, compadre. Me empeloté, me metí a la cama y comencé a enumerar mentalmente las calles de Río que conocía, hasta que el sueño me ganó. Al otro extremo de la pieza, en tanto, Cox se corría la paja: su cama crujía levemente, como para no despertar al resto. Seguro que todos igual cacharon. Todos lo han hecho. Las sábanas del hotel deben estar demasiado tiesas. Tipo siete de la mañana, el Patán me despertó con sus vómitos. Pensé en ir a ayudarlo, pero me dio lata. Seguí durmiendo, pensando en la Cassia, pensando en mí.

Eso fue hace unos cinco días.

Putá, cómo pasa el tiempo.

Con los dedos juego con la arena. No es muy divertido, lo reconozco. Pero sirve. Ando con una idea fija: reencontrarme con la Cassia, tal como me lo sugirió ella misma, solo que perdí su teléfono. Estaba dentro de mi billetera casi vacía, que olvidé en esa fiesta de una mina a la que nunca había visto y que, seguro, nunca volveré a ver; lo único que recuerdo es que la tipa vivía en el último piso de un edificio por Leblon, que no da al mar, y que era algo vieja, medio pelirroja, parecida a la tipa esa, a la mala de la teleserie *Pecado capital*. Lo otro es que se tiró al Ivo. Eso lo recuerdo bien porque fue un escándalo y me hizo acordarme de unas fiestas que daban mis viejos cuando yo era chico. Ivo, que es amigo de la Cassia, conoció a la pelirroja en la fiesta de alguna

embajada en Brasilia. El problema es que el loco del Ivo partió ya de vuelta a la selva y yo, al parecer, cagué con mi billetera y todo lo que había dentro, excepto el origami con esos gramos que compré. Igual, nunca tan tremendo porque puse todos los dólares y mi carné en la caja de seguridad del hotel, tal como me lo sugirió mi viejo.

Necesito verla.

Ya falta poco, todo se está desintegrando y lo único que me queda es esperar que parta el avión, regresar a Chile. No creo que venga ya, hace demasiado calor; igual estará acostumbrada —nunca le pregunté cuánto calor hace allá en Brasilia—, pero si no viene, al final no será por la temperatura o la humedad, sino porque, a lo mejor, le doy lo mismo, un pobre turista más, un pendejo de un país que nadie conoce y que a nadie interesa. Un país que se cree lo mejor, como yo aquí, que me hago el conocedor, pero en el fondo entiendo poco y nada, lo único que sé es que la sola idea de volver a la niebla de Chile me aterra y que Río siempre me va a recordar a la Cassia.

Ella también se va.

Pronto.

Me lo dijo el día que la conocí. Vuelve a retomar su vida como hija de funcionario de gobierno, el de Figueiredo, que aquí parecen odiar todos, y eso que el país, para mi gusto, está increíble. La Cassia dice que es un dictador. Igual que Pinochet, me dijo, lo que a estas alturas me parece un lugar común, dale con que va a llover. Al principio su lado medio comunistoide me cayó un poco mal, me pareció una pose, incluso viniendo de ella, pero se lo perdoné porque me lo dijo con su acento tan especial y fue su acento lo primero de ella que me mató, incluso antes de verla con esa tanga calipso y esa polera rotosa de The Clash, que era de su novio inglés, el que vive en Brasilia y que de seguro me mataría si supiera que, al final, el que anda con la polera soy yo.

Tiene que empacar, ir a ver a su abuela, a la que todavía no ha visitado, comprarse esos pantalones baggy que tanto anhela. Me paso películas: debe estar mirando tele, tomando Brahma Guaraná, hablando por teléfono. Debe aburrirle la posibilidad de volver a la playa y bañarse conmigo, quizás ir hasta la Praia do Arpoador y comprarle al loco ese un par de pitos con la *melhor maconha do mundo* y luego esconderse conmigo detrás de esas rocas para fumarlos juntos, como si nos conociéramos de toda la vida y ese fuera nuestro ritual secreto, lo que justificara eso de andar siempre juntos, onda noviecitos, pololos, pero mejor viviendo acá, bronceados y con shorts, con tangas calipso y poleras llenas de hoyos, en un departamento chico con vista al mar, una buena radio, casetes de reggae, plata, un colchón humedecido con toda nuestra transpiración.

Ahora estoy con el vientre apoyado en la arena, mareado, al borde de la insolación, sintiendo el olor de mi piel quemada, mirando el horizonte a través de los pelos de mi axila llenos de sudor, intentando dormir, pero la cachaza al desayuno, más el huiro que me fumé y la media paja que me corrí en la ducha del hotel pensando en la Antonia, en la Antonia y la Cassia, la misma Cassia que había dejado tirada en el suelo del departamento de unos compadres pintores amigos de João, todo eso me tiene mal, en serios problemas, fatigado, con sed, con ganas de comer esos abacaxis que unos negros pasan ofreciendo.

Tengo, al mismo tiempo, ganas como de buitrear, se me repite todo lo que comí anoche en esa churrasquería a la que fuimos con el resto del curso, antes de virarme y juntarme con la Cassia y João y el loco del Dinho e Ivo, no, el Ivo no estaba, estaba Alfredo, el de los anteojos estilo John Lennon, y Patrick, el de la polera Sid Vicious y las estampitas de cartón con el ratón Mickey, que después lamimos y me hicieron alucinar: discos de Grand Funk, de Santana y la Janis, un olor enfermo de picante a *maconha* y

unos tipos que pintaban con colores diversos, que luego se unían y generaban otras formas, colores gruesos, en manchones anchos, que se abrían. La Cassia puso entonces un video de la Sonia Braga bailando en pelotas en un departamento lleno de televisores y todo me parecía más lento, súper lento, todos tirando, la música, los colores, la Cassia riéndose, bailando desnuda, tan rica ella, en la terraza, con las luces, la huella de la tanga que se veía blanca y mordible y yo cantando en portugués, medio llorando, metido hasta dentro, todos saltando, todo dando vueltas, tranquilo y rápido, rápido y rajado, y la voz de Morrison, o un tipo gordo y peludo, onda Demis Roussos, hablando de filosofía, abriendo una cajita, tirando un montón de polvo sobre una mesa, un cerro de azúcar flor sobre la mesa de vidrio, la guitarra de Hendrix sonando y decenas de tarjetas de crédito tirando líneas, pruébala, viejo, todo *legal*, no seas huevón, y luego el estallido, una lágrima gruesa aflorando en mi ojo, la nariz como un nudo que finalmente cedió. No hay como las pajillas multicolores de McDonald's, dijo Alfredo, y se introdujo una gigantesca en la nariz justo cuando sonaba algo brasileño, o africano, no sé, era alguien muy bueno, tan bueno como el polvo que la Cassia esparció en uno de sus pezones para que lo lamiera, para que lo aspirara, mientras Page o Clapton seguían tocando, alguien que les daba y les daba a los instrumentos, todo daba vueltas y más vueltas, como detenidos todos en el mismo surco, sin escapatoria, el disco rayado y el parlante a punto de estallar, yo asustado, más asustado que la mierda, fascinado a mil.

Me levanto y abro los ojos.

Huelo.

Ese olor a carne quemada y roja, a transpiración mezclada con desodorante en barra, me excita. Estoy empapado, mi pelo chorrea sudor.

Me mojo la punta del dedo y me refresco los tabiques.

El aroma de la Cassia vuelve hasta mí.

Ese olor que nace de la mezcla, de estar horas y horas allá abajo, tirando, intruseando, investigando hasta morir, sorprendido —confiado, satisfecho— de estar a su lado, de no pensar en otra cosa que en ella, y en mí.

La segunda vez que lo hicimos, me acuerdo, fue por la tarde, a pleno sol, en el departamento sin pintar de Alfredo, la cama doble sin hacer en el suelo, un televisor en blanco y negro, sin antena, que transmitía un capítulo de *Combate* que ya había visto. Yo despertaba después de caer, de licuarme por el calor, dudando si deseaba seguir así, rendido ante una cuasidesconocida que apenas me intuía, cuando ella, tendida a mi lado, leyendo una novela que se veía gruesa y complicada, agarró una botella de tinto que estaba caldeándose sobre el parqué y tomó un sorbo. Después, sin avisar, se acercó a mí y me besó: el vino, tibio y espeso, fluyó de su interior al mío. Ella me guiñó un ojo y siguió leyendo. Luego, sin darle importancia, hizo un doblez en una página. Después tragué.

Una brisa seca pasa sobre mí, pero nada cambia.

Ipanema está repleta como en pleno verano, aunque estamos recién en septiembre.

Echo una ojeada a mis pies y todo comienza a dar vueltas, en círculos, como si yo mismo —ahora que me recuesto de nuevo y sigo tendido en la arena, sin toalla ni nada que me sostenga— fuera una de las manecillas de un reloj que se estropeó, y el reloj, la parte circular, el círculo blanco con los números, diera vueltas y más vueltas, como los ojos de los locos que aparecen en *Condorito*, como un espiral que no se acaba nunca, como la lengua de la Cassia que gira y gira y gira pero no está, no aparece.

Decido tirarme al agua.

Está caliente. Como yo. Llena de musgo, de sustancias verdes como espárragos recién chupados.

Meo un poco.

Nado.

Todavía no llega.

Me sumerjo aún más, hasta abro los ojos bajo el agua.

Tampoco está.